

Rafael Mariño Lorenzo (1894 – 1961)

- ❖ Ingresó en la ETS de Ingenieros de Caminos en 1912, finalizando sus estudios en 1918
- ❖ Ingresó en la Compañía de Jesús en 1920, haciendo sus votos en 1922 y ordenándose sacerdote en 1931
- ❖ Se incorporó al ICAI en 1933, en Lieja, desarrollando su labor hasta 1959.
- ❖ Profesor de Termodinámica, Motores Térmicos y Máquinas Hidráulicas.
- ❖ Prefecto de Estudios del ICAI desde 1945 hasta 1958. Consejero Nacional de Educación.



Glosa del P. Claudio Mataix S.J. a la muerte del P. Rafael Mariño S.J. (del libro Nuestra Casa, 1983, 75 aniversario de la fundación del ICAI)

In memoriam

Poner en órbita en el cielo de la enseñanza española una Escuela de Ingenieros de la Iglesia exigió un empuje inicial que le comunicaron sus tres primeros directores: los PP. Pérez del Pulgar, Rafael y Mariño. Pulgar, corazón inmenso y talento científico excepcional, cedió la antorcha a Rafael, también de gran corazón y de talento matemático profundo, y éste a Mariño, con un corazón que latía hondo pero oculto, bajo una capa de austeridad y espíritu de trabajo que dejó huella profunda, como sus dos predecesores en una docena de promociones que pasaron por sus manos. Pocos espíritus tan bien templados como el del P. Mariño. El temple del espíritu se adquiere en el sacrificio. El P. Mariño sacrificó sus porvenir profesional cuando al terminar brillantemente su carrera de Ingeniero de Caminos renunció a un gran porvenir para abrazar la Compañía de Jesús y el sacerdocio. Pero en el ICAI hacía falta un profesor y la designación de sus profesores cayó sobre él. Hubiera sido más fácil desempolvar los conocimientos adquiridos en su vieja Escuela; pero hubo de roturar el campo, para él nuevo, de la Termodinámica. En esta primera etapa de su vida activa en la Compañía de Jesús conjugó también la pastoral con la enseñanza, cosechando, asimismo, en el primer campo grandes éxitos. Con gran acierto dio clases prematrimoniales a los Montadores y era muy solicitado para impartir retiros espirituales a profesionales, sobre todo a las Hermandades de Ingenieros tan pujantes en la España de la postguerra. Pero su entrega total, e incondicional al ICAI le exigió el gran sacrificio de renunciar también a sus éxitos pastorales. Desde entonces la actividad sobrehumana que desarrolló el P. Mariño en el ICAI se ejerció en tres campos distintos: en la clase, en el laboratorio y en la dirección de la Escuela. En la clase el P. Mariño cosechó sus mejores laureles. Un alumno suyo que hoy ocupa un alto puesto en una empresa hidroeléctrica me resumía así las notas fundamentales del profesor Mariño: teoría y técnica con justificación matemática y física completa y amplia aportación de material experimental. Sus clases eran excelentes. La explicación clara y concisa. Era un profesor fuera de serie según juicio unánime de todos sus alumnos. Dejó escritos dos excelentes tomos de unas 600 páginas cada uno: "Producción y transmisión Industrial del Calor" y "Termodinámica Técnica". Ambas obras le dieron categoría nacional. En el laboratorio el P. Mariño se propuso, como el P. Pérez del Pulgar, proporcionar a nuestros ingenieros una formación práctica para preparar a Ingenieros que pudieran contribuir al desarrollo industrial del país. El mérito del P. Mariño consiste en haber conseguido en el laboratorio, que dirigió durante una quincena de años, un rendimiento difícilmente superable. Para el P. Mariño el laboratorio era su mayor ilusión. ¿Llegó a creer que lo era también para los alumnos? La siguiente anécdota parece confirmarlo. Se había cometido una falta colectiva seria, que él, como director de la Escuela, se creyó en la obligación de sancionar. Reunió a todos los alumnos del curso. Les pidió primero perdón por la dureza de la sanción que iba a aplicar, rogándoles comprensión, porque lo exigía la ejemplaridad del caso. Unos



Clase de Química

minutos de suspense y de miedo. La sanción consistirá... en que "durante todo este mes se suspenderán las prácticas de laboratorio". No es difícil imaginar los brinco de alegría que pegaron los alumnos cuando se retiró el airado P. Mariño. ¡Todas las tardes del mes libres! En la dirección de la Escuela el P. Mariño se trazó un programa ambicioso: conquistar palmo a palmo el reconocimiento no sólo jurídico sino social de nuestras carreras. El daba ejemplo. Los exámenes orales del P. Mariño eran proverbiales. Cinco horas en un examen oral eran habituales. Incluso alguna vez, después de tener a un alumno cinco horas en la pizarra por la mañana, le citaba para continuar otras dos horas por la tarde, para terminar a veces suspendiéndolos, por que el P. Mariño tenía escrúpulos de conciencia tanto para suspender como para aprobar. Con la vejez no se ablandó. Para él el enseñar era una obra de misericordia, como le oi yo muchas veces y el examinar una obra de justicia. Cuando en sus últimos años estaba casi ciego y, no obstante, seguía pasando lista todos los días, la preocupación del alumno era el que faltase a clase el inmediato anterior o posterior en la lista, porque más de una vez, sin darse cuenta, ponía la falta equivocadamente al alumno que estaba presente. Era raro el alumno que no se atoraba en la pizarra en la clase del P. Mariño. Si se rendía, el cero era inevitable. Entonces se levantaba un clamor en toda la clase, que el P. Mariño, ya entonces duro del oído, no podía percibir: "aguanta", "aguanta". Si alguno conseguía, sin saber mucho, entretenerle toda la clase hasta el final, era sacado a hombros por sus compañeros.

Claudio Mataix, S.J.